

QUÉ LUGAR DEBE OCUPAR LA CRITERIOLOGÍA EN LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA (1).

Entre las cuestiones pedagógicas que se plantean en la enseñanza de la Filosofía en los Seminarios y demás centros de estudios eclesiásticos, ofrecemos a la consideración de los Congresistas de este primer Congreso Nacional de Educación Católica unas notas sobre el lugar que debe ocupar la Criteriología en el trienio (o bienio) filosófico. La cuestión tiene también su importancia en toda enseñanza de la Filosofía, aun quizás en la superior, desde luego en la media; pero la dosis filosófica que se sirve hoy en la segunda enseñanza es tal que no es del caso detenerse en las aplicaciones que a ella se podrían hacer de las consideraciones que aquí desarrollamos. También puede tener importancia doctrinal como veremos; en general, las cuestiones de método no dejan de estar enlazadas con las de principios, como que a menudo su diversa solución supone diversidad en los principios científicos, o conduce a diversidad de conclusiones.

Desde la restauración escolástica es ordinario en los textos de Filosofía y en los planes de estudio de los Seminarios y casas religiosas disponer la materia en el trienio de esta manera: primer año: Lógica (menor o Dialéctica y mayor o Crítica o Criteriología) y Ontología o Metafísica general; segundo año: Cosmología y Psicología; tercer año: Teología natural o Teodicea y Ética. Limitándonos pues a lo que es objeto de estas notas, preguntamos: ¿es acertada esta disposición por lo que toca a la Criteriología? Para contestar con mayor garantía de acierto, subdividimos esta pregunta en las tres siguientes: ¿es conforme a la naturaleza de esta disciplina filosófica el tratarla a seguida de la Lógica, antes de la Cosmología y Psicología, y con separación de ésta y de la Teodicea?. Aunque fuera esto conforme a su naturaleza, ¿sería conveniente pedagógicamente, atendido el desarrollo intelectual de los alumnos y la trascendencia de las cuestiones que

(1) Memoria presentada al primer Congreso Nacional de Educación Católica, sección 2.ª, tema 9.

en ella se ventilan? Por último, ¿se conforma este proceder con la tradición escolástica? Como puede observarse, tres son los criterios que creemos deben guiarnos en esta investigación: criterio filosófico, criterio pedagógico y criterio histórico, de tradición. No es difícil convencerse de la importancia que en nuestro caso tienen estos tres puntos de vista, en particular la tradición; las lecciones de la Historia nadie puede dejarlas a un lado sin exponerse a daños notables y menos que nadie la Filosofía escolástica, que se precia y no sin motivo de ser Filosofía tradicional; y si debe serlo en las doctrinas y en la tendencia, tampoco convendrá que olvide este carácter en los métodos científicos y pedagógicos.

Advirtamos desde luego que la Criteriología tal cual la entendemos no abraza toda la materia que se suele exponer en lo que se denomina Lógica mayor o Lógica real o material, es decir, en la segunda parte de nuestros tratados de Lógica. Hay en ellos cuestiones que son propiamente lógicas, y que en la Lógica deben de ser tratadas, y con mayor extensión quizá de la que a menudo se les concede. Esto entendemos significar principalmente de la Metodología.

Para determinar el contenido de esta parte de la Filosofía podemos tomar por norma general las obras escolásticas que recientemente se han publicado con este título, como las del Cardenal Mercier, del P. Jeanniére, del P. Donat, etc. En ellas se trata exclusivamente de la crítica de nuestras facultades cognoscitivas, o sea, se plantea y resuelve el problema de la objetividad de nuestros conocimientos. Divídela el Cardenal Mercier en general y especial: la general trata propiamente el problema en su planteo y solución general; la especial estudia los diversos criterios particulares que se refieren a los diversos órdenes de nuestros conocimientos. Entran, pues, en la Criteriología el examen de la aptitud de la mente para la adquisición de la verdad, la noción de la verdad, de la certeza y de la evidencia, la determinación de los criterios para discernir la verdad del error; en especial le corresponde examinar la objetividad de las nociones universales y de los principios de la razón, así en general como en particular (identidad, sustancia, causalidad etc.), el valor de nuestros raciocinios y de nuestra experiencia interna y externa, la certeza que podemos adquirir por el testimonio humano y por la fe divina; y por cierto que en este dominio deben incluirse puntos que a veces son relegados a segundo término o encomendados a otras partes de

la Filosofía, como la objetividad del espacio y del tiempo y de las cualidades sensibles, los principios fundamentales de la crítica histórica, las relaciones entre la ciencia y la fe (desde el punto de vista de la razón): y por fin, es parte muy principal de la Criteriología, que es la sección de la Filosofía escolástica más en contacto con la Filosofía moderna, el estudio, si no detenido (1), exacto y concienzudo de los sistemas modernos especialmente del kantismo, seguido de una enérgica y exacta refutación y apreciación de sus trascendentales consecuencias. En realidad la Criteriología, si debe ser estudiada con verdad y profundidad en su cuestión fundamental, la de la objetividad del conocimiento y la legitimidad de la certeza, no puede prescindir de muchas nociones esparcidas en otros tratados de Filosofía.

Esto supuesto, es fácil advertir que en vano buscaríamos un tratado de Criteriología en las obras filosóficas de la antigua Escolástica (empezamos a examinar la cuestión que nos ocupa por su aspecto tradicional o histórico). Como no había sido propuesto el problema crítico, no había por qué tratarlo; aunque erraría notablemente quien fundado en este hecho pretendiese fundar una Criteriología escolástica completamente nueva, comoquiera que toda la parte positiva y doctrinal de la Criteriología la habían ya tratado amplia y acertadamente los antiguos Doctores.

Renace la Escolástica en pleno período criticista, y halla ocupado el terreno por las teorías más opuestas a su espíritu; y claro está, se vió en la necesidad de dar cabida en sus obras a una verdadera Criteriología. El P. Kleutgen, en su obra de restauración y de divulgación de la Escolástica, *Die Philosophie der Vorzeit vertheidigt* (2), comienza por las cuestiones referentes al conocimiento humano, y por cierto que a ellas dedica la mitad de la obra; así convenía a su fin de dar a conocer al medio ambiente intelectual contemporáneo la labor de los grandes Doctores escolásticos, principalmente de Santo Tomás de Aquino. El tiempo le ha dado la razón; y hoy la obra, poco

(1) No parece conveniente detenerse en la exposición de los sistemas, pues más bien podría acarrear en los alumnos cierta confusión y dispersión de la atención, que conviene se concentre en los puntos capitales y fundamentales. A la Historia de la Filosofía le corresponde el desarrollo de la parte sistemática de la Filosofía moderna.

(2) Fué publicada esta obra en Münster, 1860-1863; muy pronto traducida al italiano por el Cardenal Reisach y el P. Curci (Roma 1866), con el título *La Filosofia antica esposta e difesa*, y al francés por el P. Sierp (París 1868), *La Philosophie scolastique exposée et défendue*.

leída, de Kleutgen, conserva todo su valor, el de auxiliar insustituible e introducción y guía muy provechoso para el hombre formado que quiera hacerse cargo de los problemas filosóficos, según el espíritu de la Escuela. No será inútil indicar el contenido de las cinco disertaciones en que divide esta parte, para apreciar lo que, en su sentir, debía ser una Criteriología. 1.^a disertación: *De las representaciones intelectuales*. Comienza exponiendo los principios escolásticos sobre el conocimiento, estudia luego la naturaleza y origen de los conocimientos intelectuales, trata de la abstracción, del verdadero contenido del concepto y de la idea, del conocimiento de nosotros mismos y, por vía de complemento, del conocimiento de los seres puramente espirituales y de la distinción entre razón y entendimiento. La 2.^a disertación versa sobre el realismo, el nominalismo y el formalismo en la solución al problema de los *universales*. La 3.^a trata de la *certeza*, de la duda real y metódica, del motivo y criterio de la certeza. La 4.^a disertación intitulada *De los principios*, examina cuidadosamente el conocimiento de las verdades ideales y de la existencia y de la esencia de las cosas reales, fijándose principalmente en las doctrinas de Descartes y Kant sobre esta materia. Por último, la 5.^a disertación, *Sobre el método*, contiene cinco capítulos de no menor actualidad ahora que en tiempo del P. Kleutgen (si se cambian los nombres). Establece en el 1.^o el predominio exclusivo del método sintético en la Filosofía alemana del siglo XIX; en el 2.^o y 3.^o lo refuta muy acertadamente, demostrando que no poseemos conocimiento inmediato de lo absoluto; en el 4.^o completa la refutación, haciendo ver que de lo relativo y contingente no nos es posible obtener un conocimiento *a priori*, por lo cual en el último capítulo resalta naturalmente la legitimidad exclusiva del método analítico-sintético seguido por la Escolástica. En toda su obra tiene Kleutgen a la vista las impugnaciones que contra la Filosofía escolástica hacían en sus días Hermes, Günther y sus secuaces, particularmente de Munich, mas su exposición es de valor universal. Como se ve, hace preceder a la exposición de los problemas propiamente criteriológicos la doctrina escolástica del conocimiento.

Los primeros cursos editados por los profesores escolásticos no siguieron del todo la dirección iniciada por Kleutgen, y en la distribución de materias acomodaron la Criteriología como constitutivo de la Lógica. Esta es la costumbre casi universal desde el P. Liberato-

re; y aun hoy día, después que el Cardenal Mercier rompió con esta como tradición, todavía, si no todos, al menos la mayor parte de los autores de tratados completos de Filosofía, o incluyen la Criteriología en la Lógica, o la colocan inmediatamente después de ella. Parece, pues, que se ha formado ya una como tradición en este sentido, tradición que podría quizás apoyarse en las normas usadas en la antigua Escolástica. Sabido es que el año dedicado a la Lógica (1), después de las Símulas, comprendía el estudio de los libros lógicos de Aristóteles (Perihermenías, Analíticos, Elencos, etc.); y cuando más tarde se compusieron los cursos filosóficos, se trataban en forma más independiente las cuestiones a que daba lugar el texto del Estagirita. Ahora bien; si recorremos cualquiera de estos cursos o el texto de Aristóteles, hallaremos que se habla de la verdad y de la certeza, se estudia con detenimiento todo lo referente a los universales; en una palabra, se trata de materias que parecen formar el contenido de nuestra moderna Criteriología, sin el problema crítico.

¿Qué debemos pensar de esta costumbre? ¿Está en realidad conforme con el espíritu de la antigua Escolástica? Por las razones científicas y pedagógicas que luego aduciremos, creemos que no. Ahora tan sólo disiparemos la apariencia de conformidad que acabamos de indicar. Una de las quejas que más a menudo resonaban en la enseñanza de la antigua Filosofía, iba contra la tendencia que se notaba en muchos profesores a incluir en la Lógica gran número de cuestiones metafísicas. Véase lo que sobre este punto escribe el P. Geny en sus *Questions d'enseignement de Philosophie scolastique* (París 1913), al tratar del puesto que le corresponde a la Ontología o Metafísica, con cuyas conclusiones estamos del todo conformes, como al final indicamos. No debe, pues, ser tomado en consideración aquel ejemplo, que no era del todo bueno. Claro está que la Lógica puede tratar de algunas propiedades del conocimiento humano, que se rozan con la Criteriología y con la Metafísica, como que es ciencia normativa del mismo; mas su punto de vista u objeto formal es muy diverso del de estas otras disciplinas filosóficas. La Lógica dirige las ope-

(1) Hablamos de la organización de los estudios de Filosofía tal como se estableció en el renacimiento de la Escolástica en el siglo XVI, según la tradición antigua, que en algunos puntos fué sistematizada y determinada. Sobre los tiempos anteriores quedan algunos puntos por aclarar; mas lo esencial para nosotros, es decir, la precedencia de la Lógica está suficientemente establecida.

raciones de la mente para llegar a la asecuración de la verdad; es, pues, ciencia fundamental, mas en un orden más bien normativo y formal o práctico que meramente especulativo; su fin es el recto raciocinio, medio ordinario de la adquisición de la mayor parte de nuestros conocimientos ciertos; por esto estudia la disposición de los conceptos y de los juicios, la metodología general y particular, los elementos de la construcción científica y este mismo edificio en su conjunto. Toda la parte propiamente especulativa fundamental, que es precisamente la Criteriología, es decir, la justificación intelectual del valor de la ciencia, la aptitud misma del hombre para la adquisición de la verdad, el determinar sus condiciones en general y en particular, a lo sumo podría reducirse a la Lógica si se estudiase de un modo meramente asertivo y práctico, pero de ninguna manera puede ser considerado como Lógica si se quiere estudiar desde su propio punto de vista. Así, la misma denominación de *Lógica material*, frecuentemente empleada, parece tener algo de antitético; como quiera que la Lógica ha sido siempre apreciada como ciencia formal, a no ser por los partidarios de un logicismo extremado, que puede fácilmente incurrir en desviaciones nominales (1). Por tanto, desde el punto de vista de la tradición escolástica, así como debemos considerar la Criteriología en su conjunto más bien de naturaleza metafísica, o reducirla a ella, como un preámbulo, así las razones tradicionales que se hacen valer contra la enseñanza de la Metafísica antes de la Filosofía natural, razones que suponen la separación entre la Lógica y la Metafísica, tienen asimismo fuerza para inducirnos a romper la unión, un tanto extraña para la mentalidad netamente escolástica, entre la Lógica y la Criteriología.

Si la tradición escolástica no favorece en realidad la inclusión de la Criteriología en la Lógica o su estudio inmediatamente después de ella, a pesar de algunas apariencias, las exigencias de orden pedagógico son, a nuestro entender, absolutamente opuestas a este proceder, tanto, que no acertamos a hallar razón alguna pedagógica que pueda autorizarlo. Aun suponiendo la existencia de una tradición continuada por largos siglos, sería preciso romper con ella; aunque la naturaleza científica de las diversas ramas de la Filosofía exigiese en una

(1) Dicho sea sin perjuicio de reconocer el valor de las tentativas logicistas, en cuanto representan una reacción contra el inmoderado psicologismo.

exposición sistemática la precedencia de la Criteriología (cosa muy discutible, como pronto vamos a ver), en la enseñanza deberían prevalecer los criterios pedagógicos generales, algunos de ellos muy tradicionales en la escolástica. En resumen: estos criterios pedagógicos se refieren a la conveniencia y necesidad de pasar en la enseñanza de lo fácil a lo difícil (o de lo menos difícil a lo más difícil), y de no emprender el estudio de una disciplina científica antes de poseer en grado suficiente el conocimiento de los elementos de trabajo indispensables en ella. En el primero de estos criterios, aplicado a la enseñanza de la Filosofía, veían además los escolásticos una consecuencia ineludible del modo natural de obrar de nuestras facultades cognoscitivas, que pasan de lo concreto a lo abstracto y de lo menos abstracto a lo más abstracto; y así, según el grado de abstracción, disponían el estudio de las disciplinas filosóficas, pues entendían que lo más abstracto era lo más difícil para la inteligencia que va adquiriendo su formación y pleno desarrollo en el estudio de la Filosofía.

Y cierto que son de suma dificultad los problemas criteriológicos, por dos razones principales: en primer lugar, versan, no tan sólo sobre nociones abstractas, sino sobre la abstracción misma y sobre su relación con la realidad; es ciencia de las segundas intenciones y del conocimiento en general; en segundo lugar, se requiere en su estudio y solución un esfuerzo continuado de reflexión e introspección, siempre difícil al entendimiento humano y casi imposible en los comienzos de la Filosofía. Por lo cual parece no debería comenzarse la enseñanza de la Criteriología hasta que la inteligencia esté acostumbrada a la serena investigación filosófica, analítica y sintética, en problemas menos abstrusos, en problemas que versen sobre objetos más exteriores y directos, como son los cosmológicos.

Exceptuaban los escolásticos de la regla sobredicha el estudio de la Lógica, que debía preceder al de las demás partes por su carácter normativo y director, a pesar de su dificultad, que todos confesaban ser muy grande, ya que versa sobre las segundas intenciones. También podría plantearse hoy de nuevo esta cuestión, y de hecho se ha planteado y resuelto en sentido contrario a la tradición escolástica en el *Tratado elemental de Filosofía* de los beneméritos profesores del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina (1). Razones más bien

(1) En cambio el *Cours de Philosophie* presenta como primer volumen la Lógica. Por

de sistema científico que de Pedagogía parecen haberles movido a colocar la Lógica después de la Criteriología (y aun de la Metafísica y de la Teodicea); pero hubieran podido también ser aducidas las que valen para la Criteriología, basadas así en la dificultad de la materia como en la necesidad del conocimiento previo de la Psicología y del funcionamiento de las facultades. Mas creemos que en este punto ha de prevalecer resueltamente la tradición escolástica. Si la enseñanza de la Filosofía ha de producir los frutos de educación y disciplina mental, que sin duda pretende la Iglesia, junto con la solidez y la verdad de la doctrina, al mandar se forme a sus futuros miembros en la Filosofía escolástica, es singularmente necesario que principie su estudio por la Lógica y que se ejercite el entendimiento ya desde los primeros días en esta insustituible gimnasia mental, a pesar de lo rudo que suele hacerse a los principios este trabajo; de otra suerte será imposible que en la discusión de las cuestiones filosóficas se proceda con la profundidad y precisión que requiere su importancia. Por lo demás, no faltarán a un buen profesor medios con que suavizar y hacer menos ingrata esta labor, labor de roturación del campo intelectual, necesariamente previa a la investigación filosófica, si ésta ha de ser algo más que mera repetición más o menos mnemónica de doctrinas y pruebas, que en un entendimiento no avezado a las luchas dialécticas no resistirá el embate de opuestas y dañinas tendencias, tendencias que no harán mella en el ejercitado en la Lógica aristotélica.

La segunda razón es también decisiva. La Criteriología no puede ser tratada con amplitud y con la seriedad necesaria (cualquiera que sea la posición científica que en sus problemas fundamentales se adopte) sin conocer a fondo el funcionamiento de las facultades cognitivas del hombre; más aún: nos parece que fuera de este terreno las discusiones de la Criteriología han de ser completamente estériles e inútiles, cuando no perjudiciales. Porque o se examinan las posiciones adoptadas por las diversas direcciones filosóficas en este problema, y en este caso es imposible hacerse cargo de ellas y juzgar de su legitimidad sin aquel previo conocimiento, o se reduce la Criteriología a un conjunto de afirmaciones inconexas y llenas de

lo demás, el *Programme des cours*, publicado cada año, hace ver que esta distribución no implica la rigidez de un orden absolutamente intangible.

huecos, que se supone se llenarán más tarde (con peligro muy real de no ser llenados jamás, al menos desde el punto de vista criteriológico); y en uno y otro caso se da pie a cierto escepticismo y a una total incomprensión de esta parte de la Filosofía, que tanta importancia ha adquirido, y en parte no sin razón. Por tanto, los intereses pedagógicos parecen exigir, o que preceda a la enseñanza de la Criteriología la del dinamismo noético, o al menos se simultanee con ella.

En la reciente *Semana Tomista*, organizada por la *Academia romana de Santo Tomás de Aquino*, para festejar en la Ciudad Eterna el centenario del Doctor Angélico, se trató, según refiere el profesor Giuseppe Zamboni en la *Rivista Neoscolastica di Filosofia* (enero-febrero 1924), el problema pedagógico que ahora nos ocupa. En su discusión se señaló la Memoria del R. P. Reginald Garrigou-Lagrange, O. P., ilustre profesor del Colegio Angélico, publicada en *Revue Thomiste* (enero-febrero 1924); y ha sido para nosotros un placer ver que nuestra humilde opinión coincide con la autorizada voz de este maestro, así respecto a la Criteriología como a la Metafísica general. No fueron del todo concordes los pareceres; principalmente se hizo valer la necesidad que pueden sentir los alumnos de profundizar desde el principio las cuestiones críticas fundamentales; y alguien añadió que los problemas criteriológicos no son tan difíciles, que bien explicada la Crítica, era bien entendida por los estudiantes, pues basta en el fondo reflexionar sobre el propio modo de pensar (1). ¿Tienen valor estas razones para legitimar el procedimiento hoy en uso? Creemos que no. Precisamente, si se da el caso de que los alumnos necesiten realmente profundizar de un modo particular las cuestiones críticas, les será mucho más útil y aun necesario el no estudiarlas antes de poderlas apreciar en todos sus aspectos y relaciones; y esto es imposible en los umbrales de la Filosofía. (Otra cosa sería si el alumno tuviese ya la preparación que para ello se requiere.) De lo contrario, el resultado podría ser contraproducente. Ni es posible convenir en la pretendida facilidad de la Criteriología. Por lo demás, quien imbuido en el espíritu criticista y semiescéptico sienta necesidad de entregarse más de lleno a la Filosofía crítica, nada puede serle

(1) En la *Revue de Philosophie* (marzo-abril 1924) ha sido publicada, escritas estas líneas, una relación más completa. Se anuncia además la publicación de las Actas de la *Semana tomista*.

más provechoso que una fuerte preparación realista en los problemas filosóficos que menos se rozan con la Crítica, si se estudian con el espíritu sano y sobriamente objetivista de la Escolástica. No hay mejor pedagogía para la inteligencia humana, y es muy posible que, ejercitado el alumno en la Lógica aristotélica y en la Filosofía natural escolástica, al llegarle su turno a la Crítica haya caído ya de sus ojos la venda que los cubría, y sin el más pequeño esfuerzo se deje penetrar del recto objetivismo de sentido común, que es uno de los distintivos de la Filosofía recomendada por la Iglesia. El Dr. Dyroff, profesor de la Universidad de Bonn y redactor de *Philosophisches Jahrbuch*, nos decía a este propósito que, aun en jóvenes imbuidos en los gimnasios en prejuicios subjetivistas extremados, como suele suceder en Alemania, producía excelentes efectos el estudio sereno e inmediato en sentido realista, según la doctrina de Santo Tomás, de los restantes problemas filosóficos, antes de emprender la Criteriología con las preocupaciones y desde los puntos de vista de la Filosofía moderna.

Esto no quita que en la *Introducción a la Filosofía* se dé una vista de conjunto preliminar a los problemas críticos y metafísicos. Este fué también el criterio que prevaleció en la Semana Tomista de Roma.

Entremos ya a examinar la cuestión por su lado científico. ¿Es conforme a la naturaleza de los problemas criteriológicos el plantearlos y resolverlos al comienzo del estudio de la Filosofía?

Ya hemos dado a entender de paso que no responderíamos afirmativamente a esta pregunta, y hemos indicado asimismo la razón principal de nuestro juicio; a saber: la íntima conexión y dependencia en que se halla esta disciplina filosófica, por razón de su objeto, respecto de las otras partes de la Filosofía, en especial de la Psicología noética. Tanto es así, que hoy es muy frecuente tratarla como elemento o parte de la Filosofía general del conocimiento (*Erkenntnistheorie*, *Théorie de la connaissance*, *Epistemologia*), ciencia que abarca los diversos aspectos que ofrece el conocimiento en su totalidad: aspecto subjetivo y objetivo, origen, funcionamiento y contenido, valor y significación. Ciertamente que estos problemas, o varios de ellos, tienen también un aspecto más positivo e independiente del valor criteriológico; mas este segundo aspecto no es independiente del primero: es posterior a él en el orden científico o de invención,

y mucho más en el de exposición. Creemos este punto de capital interés científico (y quizás también religioso). Si la Criteriología se estudia después de una concienzuda investigación psicológica del proceso y naturaleza de nuestros conocimientos, tendrá toda ella, como íntimamente ligada a la realidad y al profundo conocimiento de su objeto, un carácter de seriedad y de sensatez científica que hará de su sistema algo sumamente provechoso y digno de figurar en una síntesis filosófica de vital interés para el espíritu humano. Por el contrario, el tratarla con excesiva autonomía y sin tener en cuenta sus conexiones, el considerarla como un tema de consideraciones o reflexiones apriorísticas y como un objeto de juegos malabares, de una mala metafísica, colocará al pensador en la pendiente de las tendencias nominalistas y escépticas, y le conducirá a las extrañas construcciones de una fantasía calenturienta, en que el ser y el pensar, el sujeto y el objeto, el fenómeno y el noúmeno, es decir, todo lo que es objeto de la Filosofía, se pulveriza y se deshace en un desesperado ficcionismo y nihilismo.

En nuestros días estamos presenciando una como prueba experimental de la diversidad de conclusiones científicas a que conduce la diversidad metodológica en el campo de la Criteriología.

Desde que se propuso y planteó el problema crítico de un modo sistemático, es manifiesto que se ha resuelto en sentido más o menos subjetivista por los filósofos de tendencias no escolásticas. Es preciso recordar que el movimiento sintetizado en el nombre de Kant no es un fenómeno aislado en la historia de la Filosofía; su pensamiento es tributario de la revolución filosófica que comienza en Descartes. Ahora bien; el carácter distintivo de las tendencias del pensamiento, en la época que va de Descartes a Kant, es el racionalismo, el predominio exclusivo del método meramente deductivo; como que el ideal de la Filosofía era buscar un principio, un objeto del cual pudiera el hombre, *more geometrico*, deducir toda la verdad: la del orden ideal y la del orden real, lo divino y lo humano, el ser y el pensar. Con mucho acierto hace notar Balmes que este pensamiento profundamente monístico informó todo este período filosófico y continuó informando el de la Filosofía trascendental, y en sus derivaciones o consecuencias no ha cesado de informar los trabajos de investigación filosófica; y aunque de muy diversas maneras forcejea por romper estos estrechos moldes en que se halla encerrado, se observa que no

es fácil tarea, y que frecuentemente, después de rotos en apariencia, se halla otra vez encajonado entre las barreras de preocupaciones muy parecidas. Ahora bien; este error metodológico, que en el orden metafísico debía ser de tan trascendentales consecuencias, por conducir el entendimiento al monismo, más o menos panteístico o materialista, en el criteriológico debía por necesidad acabar en el subjetivismo criticista, concretado en las mil y mil diversas formas en que se manifiesta este proteiforme fantasma (diversidad que hoy ha llegado a la atomización y pulverización nihilista del pensamiento filosófico), por la negación o relegación al mundo de lo desconocido de la *cosa en sí*, es decir, de lo que el sentido normal humano entiende por objeto y por realidad. Así, pues, aun prescindiendo de otros factores, puede explicarse por esta desviación inicial la dirección que han tomado las soluciones a los problemas críticos en la Filosofía no escolástica, y fué acertada y de alto valor criteriológico e iba muy al fondo de las cosas la refutación de Balmes, encaminada a probar la imposibilidad de la que él llama ciencia trascendental en el orden humano (*Filosofía fundamental*, l. 1, cap. 4-7) (1).

Hoy, en el caos en que está sumida la Filosofía crítica, ha comenzado a brillar una luz, tenue quizás todavía, pero que parece llamada a disipar las tinieblas subjetivistas. Nos referimos al movimiento neo-realista iniciado principalmente por el célebre psicólogo y filósofo alemán Oswald Külpe, al que habían precedido los neo-realistas norteamericanos Fulleton, Montague, Lovejoy, etc. Los esfuerzos de estos últimos representan una sana reacción contra los excesos del subjetivismo, mas se manifiesta en forma un tanto simplista y no ha dejado huella muy profunda en el pensamiento filosófico. En cambio Külpe procede con mucha cautela (quizás demasiada), pero con una seguridad metodológica que hace presentir que su obra marcará nuevos surcos y derroteros a la solución del problema crítico. Por esto nos interesa aquí esta indicación sobre su realismo. Su afirmación realista comienza con una profunda y serena crítica del kantismo y del fenomenalismo en general, principalmente en sus doctrinas sobre las categorías. Luego entra a examinar directamente el problema de la realidad, que imponen, dice, las ciencias llamadas reales por su

(1) El cronista de *El Debate* Dr. Fröberger recordaba hace poco que un profesor de la Universidad de Münster le señalaba la refutación de Kant, hecha por Balmes, como una de las mejores y de más vital interés.

tendencia absoluta a *realizar* (establecer como real) su objeto, tendencia que es su única razón de ser. A este trabajo aporta su experiencia y su autoridad de psicólogo, no para hacer Psicología, como él mismo dice, sino para hacer con conocimiento de causa un análisis lógico de los presupuestos necesarios de toda ciencia, y por tanto, para trabajar fructuosa y racionalmente en la formación de una Epistemología. (Véase principalmente su obra *Die Realisierung*, en parte póstuma, y no terminada aún. Leipzig 1912, 1920, 1923.) Así llega Külpe a una distinción necesaria entre el producto de la actividad de la conciencia (concepto, conocimiento) y el objeto, la realidad; y aun admitiendo el concepto moderno de categoría, concluye de un prolongado y cuidadoso examen que las categorías son *testigos* y que el pensamiento ejerce su actividad amoldado a las cosas; o como había dicho en su *Einleitung*, no todos los vasos deforman o vician su contenido. Cuánto debamos estimar estas posiciones, lo significan las declaraciones de August Messer, discípulo y sucesor de Külpe, en un artículo necrológico de *Franckfurter Zeitung* (3 enero 1916): «La empresa de Külpe, de rehabilitar el realismo, es gigantesca; quiere probar con ello que la revolución de Kant fué injustificada, y que debe volverse a la concepción prekantiana del conocimiento, tal como se halla ya en Aristóteles y la Escolástica.» Estas palabras no necesitan comentarios (1). Otro adepto de este realismo es el célebre biólogo Hans Driesch, restaurador del vitalismo, a quien sus estudios científico-filosóficos han trasladado del campo criticista al realista.

Bien considerados estos fenómenos intelectuales, principalmente si se atiende a las correlaciones mutuas que entre sí tienen las diversas ramas de la actividad científica, con razón puede concluirse que, en interés de las cuestiones criteriológicas, es de desear que se emprenda su estudio después de la Filosofía natural. Ya que a hombres procedentes de tendencias filosóficas bien ajenas al escolasticismo, ha llevado este orden metodológico a soluciones en consonancia notable con las que debe darle la Escolástica, parece normal que sigamos estas huellas, conformes, por lo demás, con el espíritu de nuestra Filosofía. Y al paso que lamentamos que los excesos del racionalismo

(1) Cf. Grabmann: *Der Kritische Realismus Oswald Külpes und der Standpunkt der aristotelisch-scholastischen Philosophie*, en *Philosophisches Jahrbuch der Görres-Gesellschaft*, Fulda, XXIX (1916), 333 sq.

deductivo y apriorista hayan tenido tan fatales consecuencias en el dominio de la Criteriología, abstengámonos de un procedimiento científico que, colocando esta ciencia al comienzo de los estudios filosóficos, no hay duda que favorece el apriorismo.

Mas precisamente en este terreno de la naturaleza de la Criteriología nos sale al paso el argumento principal que parece recomendar su estudio a los comienzos de la Filosofía. ¿No es la Criteriología una filosofía fundamental? ¿No son las cuestiones críticas las que deben resolverse en los umbrales de la ciencia filosófica? Parece evidente que de la solución que se dé a estos problemas depende toda la orientación de un sistema filosófico y que las conclusiones de la Filosofía natural, y desde luego las de la Metafísica, están en función del punto de vista realista o fenomenalista en que se coloque el investigador. Es preciso asegurar bien los fundamentos sobre que debe asentarse la Filosofía, y aun toda ciencia—puesto caso que es evidente que se discute aquí el valor mismo de la ciencia—antes de levantar las paredes de este edificio.

Es claro el carácter fundamental que revisten las cuestiones sobre el conocimiento humano y su valor objetivo, único instrumento con que cuenta el hombre en la labor científica. Aun se podría reforzar el argumento extendiéndolo a la Lógica, y aun con mayor razón, pues parece que, lógicamente, deben establecerse procedimientos diversos para la adquisición de la verdad y de la ciencia, si son diversas las doctrinas sobre el carácter y modo de ser del conocimiento, sobre la noción de verdad y sobre el valor de la ciencia. En una palabra: si la Lógica es ciencia filosófica fundamental como normativa, la Criteriología pone el fundamento especulativo de la norma o dirección. Por tanto, deberá preceder a aquélla en su estudio.

De esta última consideración ya se deja adivinar que esta objeción tiene más de especioso que de real. Examinemos, pues, este carácter fundamental de los problemas críticos. Notemos un hecho singular. El fundador del criticismo y fenomenalismo modernos empieza por establecer un hecho inconmovible e indiscutible: el valor de la ciencia y su objetividad. Sigámosle en sus investigaciones críticas, que pretenden nada menos que asentar sobre bases nuevas la teoría del conocimiento y dar a entender a todo el género humano que en los largos siglos de la historia del pensamiento había caminado con lamentable desvío, y observaremos que en los designios de este revolucionario

demoledor queda en pie el edificio científico y aun filosófico (en gran parte al menos). Lo único que, a su entender, ha hecho, es cambiarle la orientación: lo ha orientado hacia el orden fenoménico, su propio y exclusivo terreno, único en que puede ejercitarse, apartándole de la tendencia hacia el desconocido e incognoscible nómeno, al que con infantil y cándida ilusión había aspirado por tanto tiempo. Mas las afirmaciones científicas subsisten; se les da a veces diversa interpretación; pero *de iure* tienen valor. Más difícil será la posición de la Metafísica; pero acerca de ésta no hay controversia: debe acompañarla o preceder la Criteriología. Consecuencia para nuestro objeto: la Lógica dirige los actos del entendimiento según su naturaleza, según todos lo experimentamos. Ahora bien, no tendrán éstos otro modo de ser porque se profesen doctrinas críticas diversas; por esto, en realidad, los tratados de Lógica formal, mientras se mantienen en su propio terreno y no se meten a discutir cuestiones ajenas, no difieren gran cosa. La Cosmología y Psicología razonan sobre las últimas razones de su propio objeto, según los datos de la experiencia externa e interna y según los principios generales de la razón, aplicando las categorías, cuyo uso en cualquier sistema crítico es legítimo dentro del campo de la experiencia. Y estas categorías, estos principios son, nótese bien, así para el realista como para el subjetivista, los conceptos de substancia, de causa, de relación, etc., y los principios que en ellos se fundan. Claro está que tendrán diverso valor y diverso significado estas nociones para uno y para otro; claro está que la Filosofía natural postula una teoría del conocimiento y una Metafísica; mas esto no es otra cosa que una aplicación del principio general de la subalternación de las ciencias, muy conocido y puesto de relieve por los escolásticos, según el cual las ciencias inferiores reciben de las superiores los principios generales en que se fundan, y todas, por tanto, se subalternan a la Metafísica como ciencia suprema.

Y con todo, a ningún escolástico antiguo le había pasado por las mientes que la Metafísica debiese preceder a la Filosofía natural. Y nos parece del caso advertir que, menos aún que una Metafísica general, debe preceder la Metafísica crítica. De donde el carácter fundamental de la Criteriología queda reducido a sus verdaderas proporciones, lo es en el orden deductivo o de construcción sistemática general del contenido de la ciencia; no en el orden de invención y menos en el de exposición de la ciencia, aun de la filosófica. Por

tanto, no se desprende de aquí que su estudio deba preceder al de las demás partes de la Filosofía, y así no debe ser llamada fundamental en este sentido.

El ambiente contrario a estas conclusiones, que desde más de un siglo se ha creado, quizá procede —aparte la razón fundamental apuntada, el abuso del raciocinamiento deductivo, que dió pie a la posición misma del problema crítico—por una parte, del exagerado tinte metafísico que se ha dado frecuentemente a la Filosofía natural, hasta ser denominada parte de la Metafísica, denominación que hubiera parecido incomprensible a los escolásticos antiguos; y por otra, de los abusos del positivismo, que lanzó por la borda toda la construcción categórica como inútil bagaje, destruyendo con ello la ciencia misma y su razón de ser; pues ciencia que no emplee los conceptos de causa, de substancia, de relación, como algo objetivo, no es ciencia. No tratamos ahora de discutir si al obrar así el positivismo, lanzándose por los caminos del relativismo y nihilismo filosóficos, era o no más lógico que el criticismo que se detenía a mitad de camino; sólo hacemos notar que sus declamaciones no debían perturbar el recto juicio sobre los diversos objetos formales de las distintas disciplinas filosóficas, y que en el campo cosmológico y psicológico, es decir, en el de la Filosofía natural, como en el de las mismas ciencias experimentales, la mejor contestación que podía dárseles era hacer oídos sordos a sus alharacas, y reflexionando sobre sus propios métodos, hacer notar la constante inconsecuencia entre su teoría y sus procedimientos, y remitirlo a su propio terreno, la Criteriología y la Metafísica, con la nota perjudicial de haberse acreditado de enorme mistificación.

Resumiendo las sencillas consideraciones expuestas en estas notas, creemos que, así las razones científicas, como muy principalmente las pedagógicas, y el sentido verdadero de la tradición escolástica, exigen se traslade el estudio de la Criteriología en el trienio de Filosofía escolástica, al fin del segundo año o al principio del tercero; es decir, que sea considerada como un intermedio entre la Psicología y la Metafísica, o como introducción y primera parte de ella, la Criteriología. Mas que deba ser separada de la Lógica y relegada fuera del primer año, nos parece de urgente necesidad. Necesidad que se extiende, y con mayor razón, a la Metafísica general u Ontología, al menos, en la mayor parte de lo que en nuestros días constituye este tratado.

En este punto nos atenemos a las conclusiones formuladas por el P. Geny y por el P. Garrigou-Lagrange, O. P., en los escritos ya citados, conclusiones cuyo valor acreditan con su ejemplo algunos tratadistas modernos, como el P. Gredt, O. S. B., y el Padre Hugon, O. P. Por nuestra parte, podemos aportar resultados prácticos que en más de diez años nos ha dado en la enseñanza de la Metafísica, en el Colegio máximo de la provincia de Aragón, de la Compañía de Jesús (Colegio del Jesús, Tortosa, hasta 1915, y desde esta fecha Colegio de San Ignacio, Barcelona-Sarriá), la autorización lograda de los Superiores, a propuesta del profesorado, para trasladar al tercer curso, uniéndolas al estudio de la Teología natural, las cuestiones metafísicas sobre el ser (trascendencia, unidad, analogía, posibilidad, esencia y existencia, individuación, etc.) Vemos hasta la evidencia que este es el lugar propio de estas cuestiones: que el ser, en su más alto grado de abstracción mental, y en sus propiedades que como tal le corresponden, no es posible estudiarlo con fruto sino junto al Ser por esencia, que es el mismo ser en su plenitud. Tanto es así, que muy de ordinario no se estudian estas cuestiones al principio del curso de Teodicea, sino después de demostrada la existencia de Dios y explicados sus atributos quidditativos.

No diremos lo mismo sobre el estudio de las causas del ser, hoy día parte integrante de la Ontología. Muy cuerdamente era colocado por los escolásticos en la Física; las cuatro causas explican el ser móvil; por tanto, a la Filosofía natural pertenece su estudio, y no precisamente colocándolo a su entrada, como un atrio árido y sin jugo de vida, sino en acción, en el campo de la hoy llamada Filosofía científica, al estudiar la actividad y los constitutivos del ser material. ¡Cuántas ventajas científicas y pedagógicas reportaríamos de este procedimiento! En la Metafísica se perfeccionará este tratado desde su propio punto de vista, al examinar la causalidad del Ser Supremo y las interesantísimas cuestiones con ella relacionadas, que ilustrarán como con focos de luz divina la misma causalidad creada. Algo parecido debe decirse del estudio de las categorías del ser. Resérvese quizá para la Metafísica un estudio más sintético de su noción, en cuanto divisiones del ser en general, y lo esencial de la diversidad entre sustancia y accidente; pero ya ahora se reserva para la Cosmología el tratado de la cantidad, del lugar y del tiempo; y a ella pertenece también el tratar de la cualidad (la acción y pasión

pertenecen al orden de la causalidad). Exceptúase la relación que por su especial naturaleza y dificultad no puede separarse del estudio de la Criteriología. Siguiendo estos criterios, se ve que la Metafísica general, cuyo estudio se traslada al tercer año, comprende las cuestiones relativas al ser en general, que se alían muy bien con la Teología natural, según el antiguo concepto escolástico, que señalaba como objeto de la Metafísica el ser separado de la materia, o por precisión mental o por precisión real.

Una palabra para terminar sobre la *Introducción a la Filosofía*. Sabida es la importancia que a ella se concede en las Universidades extranjeras, principalmente en Alemania. No seremos nosotros quienes preconicemos su entrada en la Filosofía escolástica con el carácter enciclopédico que reviste a menudo la *Einleitung* (designadas a veces claramente con el nombre de *Enciclopedia de la Filosofía*). Pero sí que nos parece del todo necesario simultanear con la Lógica una verdadera *Introducción* que dé una buena idea de conjunto, así de la Filosofía en general, como de la Escolástica; que oriente a los alumnos ya desde el principio y ponga en relación las disciplinas filosóficas, así con los conocimientos generales que todo hombre culto posee o debe poseer, como con los especiales en que los alumnos se hallan ya versados; que despierte su interés y afición a los estudios filosóficos por su enorme trascendencia en el orden científico, práctico y religioso. En esta introducción debe procurarse empiecen ya a conocer y apreciar a los grandes Doctores escolásticos y principalmente al Doctor Angélico y universal Santo Tomás de Aquino, y familiarizarles con sus escritos, especialmente con algunas partes que ofrezcan menor dificultad. Con esta introducción, dada con sobriedad y según las normas de una acertada pedagogía, se dará además, en lo posible, satisfacción al argumento, más o menos explícito, en favor del método hoy comúnmente adoptado en el trienio filosófico; a saber: la necesidad o conveniencia de una pronta iniciación de los alumnos en la Criteriología y Metafísica escolásticas. Muy bien; una iniciación breve y sistemática al principio es conveniente, y este es el objeto de la introducción: un estudio detenido y profundo, cual debe hacerse en el trienio filosófico, debe reservarse para la última parte (1).

(1) Esto recomendaba hace ya algunos años ahincadamente a los profesores de Filosofía de nuestra Orden N. M. R. P. General Francisco Javier Wernz, y como guías señalaba entre otras la *Introduction a la Philosophie Neoscholastique* de M. de Wnlf.

Presentamos estas consideraciones al ilustrado criterio de los profesores de Filosofía en los Seminarios y demás colegios eclesiásticos con el único fin de interesar su atención hacia estos temas de pedagogía filosófica, que nos parecen ser de capital importancia para la mejor formación de la porción más escogida de la Iglesia, que ella confía a nuestros cuidados.

Barcelona.—Sarriá.

JOSÉ M. DALMAU.

